

LA PRIMAVERA

CUÁN gráfico y exacto aparece Fabre d'Englantine, denominando *Germinal*, *Floreal* y *Pradial* á los tres meses de primavera, al proponer á la Convención francesa el calendario republicano! El primero de estos meses,—decía el reformador revolucionario,—toma su nombre de la fermentación de las semillas y del desarrollo de la savia; el segundo de la apertura de los capullos, y el tercero de la risueña fecundidad de los campos. En la denominación dada á los restantes meses del año, revélase asimismo un vivo y afectuoso sentimiento de la naturaleza.

Prescindamos de las bellezas objetivas con que nos brinda la primavera; dejemos á los poetas y á los aficionados á los idilios campestres, decirnos cómo vuelven las *oscuras golondrinas*, cómo se cubren de violetas los prados, cómo nacen las amapolas en los trigos y florecen en los jardines los narcisos, las anémonas y las lilas. Bueno es todo esto; y por mas que en el vulgo de los narradores aparezca convencional y artificioso, siempre revela amor á la naturaleza, amor que es quizá la pasión más pura y santa, la más eficaz de cuantas siente el hombre, porque ella lo abarca todo y todo lo comprende; la vida afectiva y la intelectual, la de los recuerdos y la de las esperanzas; el mundo real y el que por necesidad ó por costumbre forja la fantasía.

Yo no sé porque me he figurado siempre que la influencia de la estación primaveral se ejerce con mayor energía en la infancia y en la vejez que en los demás períodos de nuestra existencia. Será porque esa influencia, en sus procedimientos y en sus efectos, es impulsiva y reconcentrativa á la vez. En esta estación bella, parece que la vida al tiempo que obra con fuerza en los centros nerviosos, se esparce con ostentosa profusión por todo el organismo. Así vemos que el niño y el joven se sienten agitados por extraños agolpamientos de la sangre en el corazón, aparecen mas ágiles, y pudiera decirse, que se les vé crecer, esbeltos y lozanos como esos tallos y renuevos que salen al pié de los añosos troncos. Los adultos y especialmente los viejos, al fenecer el invierno, respiran más libremente, gozosos por haber escapado á las dolencias crónicas que se recrudecen durante la estación húmeda y fria; se sienten regenerados de cuerpo y de espíritu, y muestran lozano el arrugado rostro, semeando al acero, que en este tiempo cubre sus leñosas ramas con un manto de esmeralda y flores. La comunidad del hombre con el resto del universo, lo que pudiera llamarse fraternidad cósmica, es constante, inalterable y fatal; pero en ninguna época del año, como durante la primavera, sentimos con tanta fuerza es-

ta íntima relación entre el espíritu, es decir, el pensamiento y la fuerza ó la materia; nunca como ahora podemos con mas razón lamentarnos de que el hombre sea el mayor enemigo de sí mismo, puesto que solo olvidándonos insensatamente de nuestro origen y naturaleza, se explican las dificultades que se oponen al bien individual y al colectivo é impiden resolver en armonías tanto interés opuesto y tanta contradicción como luchan y batallan en el palenque de la vida.

Como en el mundo físico se opera la transformación, cuya influencia siente nuestro cuerpo, en el mundo moral, en la vida del pensamiento, existe también otra transformación, no menos bella, trascendental y necesaria; el movimiento ascensional de las almas hácia lo bueno y lo verdadero, hácia el ideal de justicia, perennemente fijo en los horizontes del deseo para cuantos elevan su pensamiento por encima de la realidad, siempre imperfecta. Pero este movimiento, esta transformación, no como los del mundo físico son pasajeros y periódicos, se manifiestan constantemente, revelan la concentración y la expansión perpétuas y la renovación incesante del pensamiento en la filosofía, en la moral, en la religión, en la ciencia y en el arte; forman la primavera feliz en que vive el espíritu de los pueblos, el trabajo determinante de todos los progresos y perfeccionamientos, la primavera del bien y de la libertad, la eterna primavera.

Sin ella, sin esta transformación, sin ese oleaje hervoroso de la sangre, que en los pueblos jóvenes y robustos producen espasmos peligrosos, turbulencias y rebeldías, sin esos rejuvenecimientos insólitos de las viejas naciones al verse libres del triste invierno de una reacción política ó social, no se concibe la marcha de la humanidad, ni el aliento soberano que la anima y sostiene para realizar las costosas conquistas del progreso. Es la libertad fantaseada aspiración y á la vez realidad evidéntísima; es el impulso y el movimiento á la vez; el alma y el organismo de las instituciones sociales; una influencia energética de la naturaleza, superior á la á que ordinariamente vivimos sujetos; es la bella estación del mundo moral, la eterna primavera.

Sometidos á esa bienhechora influencia, dejad que los pueblos jóvenes obren como los individuos de igual condición, poseidos del espíritu creador, empujados por la misteriosa fuerza que impulsa á la savia nutritiva en su movimiento ascensional; dejad que se agiten en ansias inmoderadas, corran en pos de ideales imposibles, se muevan en audacias que espantan, y amontonando errores y verdades, razones y sofismas en monstruosa confusión, formen la gradería colosal

y pretendan por ella trepar á las cumbres del pensamiento, arrebatando sus secretos y su poder al tiempo. Dejad que las viejas naciones, tocadas también por la vara mágica de esa renovación, se sientan briosas y rejuvenecidas, y sacudiendo la inercia á que convidan los sufrimientos crónicos, abandonen las miedosas prevenciones que el egoísmo de la conservación inspira, tiren los ya gastados artefactos con que han ayudado un tiempo sus miembros enfermos y, mostrando el rostro á plena luz, aspiren el aura refrigerante y creadora de la estación bella, el aire oxigenado y puro de la libertad. No es una perturbación de la idea de justicia, ni de ningún interés permanente; es la satisfacción de una necesidad imperiosa, el cumplimiento de una ley ineludible, la Providencia social. Como la antera busca al pistilo al consumarse la boda de las flores en los días de Mayo, llenos de luz y de voluptuosidad, así los pueblos, en esa constante, apasionada y á menudo febril agitación del sentimiento y de la inteligencia, buscan el bien y la libertad para mejor cumplir los fines humanos en la tierra.

De esas secretas é irresistibles atracciones, en esa misteriosa fusión del espíritu con la naturaleza, la felicísima esperanza en el bien surge vivaz y esplendorosa. Al contacto de esta luz, ¡cuán suave calor en el espíritu! ¡Cómo desaparece el frío del escepticismo y de la duda! Bello es el porvenir. Si las nieves cubren todavía la cima de los montes, bien pronto la acción del sol y del aire tibio derretirá esas nieves. Si sobrevienen lluvias serán estas lluvias, como nunca, fecundantes; si las acompañan tempestades, serán turbonadas breves y pasajeras; si el viento se desata con fuerza será para sacudir las ramas del olivo y del laurel floridos, y llenar el espacio con el polen fecundante y los átomos reproductores. Así obra en el mundo moral y político la primavera de la libertad. Si en la cumbre de algunas sociedades existe todavía el privilegio erigido en hecho y derecho indiscutible, ya los pueblos jóvenes empujan; ya las viejas naciones se sienten influidas por el espíritu regenerador que todo lo invade y lo penetra todo; ya los ideales se acercan á la realidad y marchan con ella, y las nieblas de la tradición política y religiosa, en sus más visibles y perniciosas manifestaciones, se disuelven y disipan al soplo de la primavera de la libertad, la eterna primavera.

J. GÜELL Y MERCADER.

CONSEJOS

Sé pura, niña, sé pura;
La felicidad empieza
casi siempre en la pureza,
casi nunca en la hermosura.

Ama; sin amor no hay calma
ni algo que la dicha entañe;
pero que el amor no empañe
la limpieza de tu alma.

Que el amor, pasión que asombra
por lo infame ó por lo bello,
pase por tí cual destello,
pero jamás como sombra.

Consuela agenos dolores;
sé como la primavera,
que al cruzar por donde quiera,
cubre las zarzas con flores.

No hallen frases en tus labios
la cólera ni el rencor;
que la venganza mejor
es perdonar los agravios.

Sé humilde, sé compasiva,
sé modesta como pura;
el encanto no fulgura
jamás en mirada altiva.

Y al verte alegre y serena,
hija ó amante ó esposa,
aunque digan: ¡Cuán hermosa!
añadan todos: ¡Cuán buena!

J. MARTÍ FOLGUERA.

EL TEATRO ANTIGUO Y EL MODERNO

UNA DE MIS OPINIONES LITERARIAS

No dejo de reconocer el arsenal de bellezas que atesora el teatro antiguo: admiro como el que más los portentosos genios de la Grecia, pongo por caso; pero entre el teatro de la clásica antigüedad y el moderno, mil veces prefiero el moderno al antiguo, á pesar de sus muchas excelencias estético-literarias.

Se dirá que la musa de la Tragedia oficiaba sobre la pendiente de una montaña, con el cielo por techo y el mar por perspectiva; pero, sin dejar de convenir en lo pintoresco del lugar, yo prefiero los modernos coliseos, en que, al abrigo de los rigores de la intemperie que azotan las plantas, las bestias y á los salvajes, al tiempo que me ofrecen mayores comodidades, me brindan el